

*pantium* est exhaustive. S'ajoutent un commentaire, paragraphe par paragraphe, des annexes sur des points précis de vocabulaire technique, et une bibliographie.

Georges RAEPSAET

Jesús HERNÁNDEZ LOBATO, *Vel Apolline muto. Estética y poética de la Antigüedad tardía*. Berne, P. Lang, 2012. 1 vol. 15,5 x 22,5 cm, 645 p., ill. Prix : 105,20 €. ISBN 978-3-0343-0641-6.

No es fácil comentar un libro de más de seiscientas páginas (ya la introducción ocupa once y la bibliografía casi cuarenta) en un espacio muy limitado. Y más si su metodología y contenido plantean muchos problemas. Uno de éstos es la frecuente equiparación que se hace entre la Antigüedad tardía (« uno de los períodos más jugosos y laberínticos de toda la historia de Occidente », p. 73) y nuestra época, como etapas históricas que aquí son contempladas por igual como aquejadas de una profunda crisis. Y otros son el centrar en Sidonio Apolinar (no nombrado en el título) la representación de un tiempo complejo y el de la citada metodología, por emplear Hernández Lobato, sin confesarlo, una esencialmente ecléctica, con explícitas referencias a las variadas tendencias que nos ha ofrecido la por él continuamente invocada “postmodernidad”. Por lo que, antes que los análisis concretos, conviene leer muy atentamente la mencionada introducción y sobre todo las p. 32-35. Ahí leemos que nuestra “inestabilidad” es, efectivamente, parangonable a la del mundo tardoantiguo como “crisis interiorizada”, con manifestaciones artísticas a las que han de aplicarse prácticamente, según convenga, todos los métodos críticos más o menos actuales (deconstrucción, hermenéutica, estética de la recepción, el estudio de la intertextualidad, el psicoanálisis lacaniano o la teoría de los polisistemas de Even-Zohar...) (p. 33), sin faltar, afortunadamente, « el riguroso proceder de la filología tradicional » (p. 32). La deconstrucción, por ejemplo, será aducida en p. 108-111, pero para achársela, un tanto anacrónicamente en nuestra opinión, a la reinterpretación cristiana de la *Biblia* judía, tal como se nos dirá también que Sidonio Apolinar actúa deconstructivamente respecto a Catulo (p. 142). Así, el autor hará a lo largo del libro un uso que nos parece excesivo de la terminología, hasta el extremo de hablarnos, también anacrónicamente, de “autodeconstrucción”, o utilizar el redundante giro « el “otro” alterizado » (p. 139) para referirse al trasfondo histórico-cultural del “bárbaro” como reflejado en el *carmen* 12. Y procede, de acuerdo con su metodología “multidisciplinar” (p. 28), a una « comparación interartística (literatura, artes plásticas, arquitectura) », con « atención al pensamiento de la época (filosofía) » y, naturalmente, a la antropología cultural, para poder ofrecernos una caracterización de « la escurridiza estética tardoantigua » (*ibid.*), una empresa en la que el autor está acompañado por ilustres estudiosos (p. 28, n. 4), por más que pretenda abrirnos unas perspectivas inéditas (p. 32). Y, por ello, como la obra intenta abarcar la concepción estética en las diferentes artes contemporáneas, el texto está acompañado de ilustraciones arquitectónicas, de mosaicos, incluso de orfebrería (cf. p. 321-335), comentadas detalladamente. Digamos también que Hernández Lobato no precisa de elogios ajenos: es consciente de su innegable erudición, pero, nos tememos, menos de sus debilidades, emanadas casi siempre de sus propios excesos. Las traducciones que ofrece, usual-

mente propias y atinadas, son con frecuencia demasiado libres. Su estilo y lenguaje caen en una frecuente prolijidad, que alarga incesantemente el número de páginas. A veces se le podría exigir mayor rigor, por ejemplo, cuando se autocita (p. 141, n. 84) con un “cf. *infra*”, cuando quedan aún más de cuatrocientas páginas de texto. Y, respecto a las aportaciones ajenas en los sucesivos temas, podría haber practicado una menor cicatería, ya que casi siempre sólo entra en ellas para disentir (cf., por ejemplo, p. 141). En cambio, si repasamos sus autocitas, con la guía de su producción previa (mayoritariamente sobre Sidonio Apolinar), reencontramos ya muchos análisis de este libro, que se presenta así en buena parte como una recopilación de sus ideas sobre el escritor de Lugdunum, su obra y su mundo, y así viene a reconocerlo el propio autor (p. 35). Debemos señalar también que su prosa es seductora y convincente, por lo que el lector debe precaverse ante tantas afirmaciones, casi nunca presentadas como propuestas, y no dejarse acunar por ella desde las primeras páginas hasta que, al entrar en los pormenores, pueda dar con algún asidero para mostrar su no total conformidad, su distanciamiento o su crítica. Y, cuando hemos utilizado el término seducción, nos referimos también al aparato de citas y lemas, incluidas las siempre recurrentes frases de Eco (cf. p. 34, n. 7, en la que éste juega a identificar nuestro postmodernismo con el manierismo “come categoria metastorica”), Derrida, Borges, Barthes, Warhol... Sin dejar de lado osadías como alguna muy forzada comparación con el *Gesamtkunstwerk* wagneriano (p. 471). La reconstrucción por extenso de la biografía de Sidonio Apolinar en relación con su obra (p. 38-57) nos hace preguntarnos si no habíamos asistido ya, moderna y postmodernamente, a la “muerte del autor” y al rechazo de las biografías como justificación. En cuanto al *corpus* poético, las páginas dedicadas a la composición del poemario menor (p. 57-72) revelan una ya estudiada estructura, con insistencia relativamente novedosa en el relevante y estratégico papel del *carmen* 16 « en contra de la *communis opinio* » (p. 61), lo que nos parece excesivo, y en la preparación personal de su edición por parte del poeta. Pero la mayor enjundia del libro ha de buscarse en los capítulos siguientes, una parte de los cuales, ya se ha dicho, son reelaboraciones de publicaciones propias previas, sin que en cada caso se distinga con claridad las nuevas aportaciones de las anteriores. El tercero trata de una doble “otredad”. Está, de una parte, el “discurso alterizador” del Cristianismo como reintérprete (con « toda clase de argucias interpretativas » – p. 98 –, lo que es indiscutible) de la *Biblia* judía, un excursus que, sin embargo, no nos parece aquí muy justificado: fue ya anticipado por el autor en 2012, y, además, la reinterpretación bíblica comienza ya en los *Evangelios* y en Pablo de Tarso, lo que bien sabe el autor (cf. p. 109). Todo lo cual llevó (p. 101) a “una desestabilización general” del polisistema cultural (arte, filosofía...) grecorromano, aunque mucho dudamos de que se pueda hablar de un “equilibrio” previo en éste. Sin olvidar que, en concreto, la lectura alegorizante es también anterior al mundo tardoantiguo. Y, de otra parte, la “otredad” que atañe a los ya « ubicuos pueblos bárbaros » (p. 74), mucho más pertinente aquí, pero no exclusiva tampoco de la latinidad tardía, puesto que la idea del “bárbaro” y la convivencia con él tenían viejas raíces greco-latinas. Pero al menos en cuanto al “mestizaje cultural” (p. 127) provocado por la convivencia con el “bárbaro” se reconoce que es un problema que venía de atrás, sólo que agudizado con el paso del tiempo, sin que valga como remedio el patético exorcismo intelectual del *carmen* 12 de Sidonio Apolinar, que

Hernández Lobato examina concienzudamente (p. 139-157), aunque con la mención sólo de pasada de los estudios de Bonjour y Fo (p. 129). Y es que en su empeño en particularizar el mundo de Sidonio Apolinar el autor fuerza a veces los hechos subrayando unos fenómenos a los que no siempre aplica la debida perspectiva. Pues ésta se echa en falta tanto ya en el índice temático como en el desarrollo correspondiente, ya que muchos de los titulares (por ej., “la literatura como juego”, “lo literario al asalto de lo real”, “la obra como detalle”, “la estética del detalle”, “el imperio de la forma”, etc.) podrían aplicarse, por ejemplo, al Helenismo o al Barroco, con lo que la singularidad del momento tardoantiguo se revela como muy sospechosa. De hecho, el propio autor compara la época estudiada con las cortes dieciochescas y con el Barroco (p. 43, n. 15). Pero, en su afán también de postmodernizarlo todo, no duda en ver en unas citas de Ambrosio de Milán un anticipo de las doctrinas de Jauss e Iser, de Eco y, ¿por qué no?, de la preconizada y ya mencionada “muerte del autor”, que atribuye, como si hubiese sido el único en proclamarla, a Barthes (p. 83). Desde la p. 159 estudia “la íntima interacción entre arte y poder” en el tiempo examinado frente, dice, a épocas más “ingenuas” (p. 160 s.), para lo que toma como muestra el *carmen* 13. Para ello el autor se sitúa muy lejos de las interpretaciones que por “el carácter abiertamente esteticista” de la obra de Sidonio Apolinar le niegan « toda posibilidad de entablar un diálogo real con los problemas e inquietudes de su época » (p. 161), lo que nos parece exagerado, así como censuran la visión “escapista” que fácilmente puede atribuírsele al escritor de Lión. Si Hernández Lobato se alinea claramente con su mentora I. Gualandri, para nosotros no existe incompatibilidad entre ambas posiciones, como lo mostró ya el propio autor en el examen del *Griphus* de Ausonio en 2007. En cualquier época pueden darse formas de escapismo (artístico o no), acompañadas de una conciencia mayor o menor de una realidad problemática. Y Sidonio Apolinar refleja la conciencia del momento histórico-cultural que vivió, lo que no equivale a una supuesta profundidad de un texto como el *carmen* 13 y menos con un énfasis, muy del estilo del autor, que lo lleva a ver ahí como centro “el tenso diálogo entre poder y poeta” (p. 201). Habría, en efecto, mucho que debatir acerca de la valoración de la obra de Sidonio Apolinar. Verlo en la época tardoantigua como un referente excepcional y tratar de ahondar en sus cualidades, más allá de su banalidad habitual o incluso partiendo de ésta, es discutible, sobre todo si se tiene en cuenta a sus antecesores, a Ausonio, a Amiano Marcelino, a Claudiano, a los que Hernández Lobato se refiere en ocasiones, y pudiendo remontarnos a la Segunda Sofística (rara vez presente aquí) con su cultivo de la nadería literaria. Y no nos sirve como argumento la apelación, con el arriesgado recurso de la comparación entre épocas, a nuestra vena moderna y pretenciosa de banalidad artística, tan minoritaria y fugaz. Podemos tener comprensión, no un obligado afán de reivindicar esa frivolidad trufada en Sidonio Apolinar de ecos literarios, porque ya Ausonio y no digamos un Claudiano supieron conjugar la suya con otras cualidades superiores. Y no creemos, contra lo que opina el autor, que una razón del frecuente desinterés o incluso la dura crítica contra este tipo de arte haya respondido a la ausencia de una reflexión « sobre lo fragmentario y su estética... » (p. 258): ahí está la persistente valoración de la poesía helenística. Pero ante esta poesía menor y circunstancial Hernández Lobato enfatiza aspectos que no siempre le hacen evocar el antecedente helenístico: así, la “estética del detalle”, la fragmentación y miniaturización (una “epigramatización del gusto”:

p. 344 ss.), el paso de la *imitatio naturae* a la *imitatio artis* (p. 453-458) o la llamada “estética de la hibridación” (p. 466 ss.), que no es sino la clara herencia de la helenística mezcla de géneros, o la “poesía visual” o la *écfrasis*, que ya eran recursos añejos en tiempos de Sidonio Apolinar. Y, si es innegable que el *carmen* 9 es a esos efectos un texto programático (p. 401-449), como el 16 un “programa poético” del Cristianismo (p. 531) que lleva a la reinención de la poesía con el paso a la Edad Media, tal reinención también tenía ya una historia previa propia. En suma, estamos ante un libro ambicioso y complejo, rico en información y en aportaciones, aunque con estratos de diversas fechas y, sobre todo, con un aprecio con demasiada frecuencia escaso de la perspectiva apropiada de una clase de poesía que, a pesar del esfuerzo apologético del autor, es menos válida en sí, como eco muy empobrecido de la tradición poética greco-latina, que como testimonio histórico. Máximo BRIOSO

Marc BARATIN (Dir.), *Priscien. Grammaire. Livres XIV-XV-XVI. Les invariables*. Texte latin, traduction introduite et annotée par le groupe Ars grammatica. Paris, Vrin, 2013. 1 vol. 16 x 24 cm, 329 p. (HISTOIRE DES DOCTRINES DE L’ANTIQUITÉ CLASSIQUE, 44). Prix : 19 €. ISBN 978-2-7116-2500-0.

Sous l’égide de Marc Baratin, le groupe *Ars Grammatica*, composé de Frédérique Biville, Guillaume Bonnet, Bernard Colombat, Cécile Conduché, Alessandro Garcea, Louis Holtz, Séverine Issaeva, Madeleine Keller et Diane Marchand, se consacre à l’élaboration d’une édition de l’*Ars* de Priscien comprenant le texte latin, une traduction annotée et une introduction substantielle. Il s’agit d’un travail de titan, réalisé avec grande acribie, dont le mérite majeur est qu’il fournit pour la première fois une traduction en langue moderne de l’*opus magnum* de Priscien, l’une des œuvres les plus riches, mais aussi l’une des plus difficiles d’accès, qui a nourri le Moyen Âge. Un premier volume a paru en 2010, consacré au livre XVII, sur la syntaxe, un des livres les plus complexes de l’*Ars*. Voici à présent les livres 14, 15 et 16, les derniers qui soient consacrés à l’examen des différentes parties du discours : la préposition (livre 14), l’adverbe (livre 15), avec un appendice sur l’interjection, et la conjonction (livre 16). L’*Introduction*, qui compte près de 60 pages et constitue à elle seule un travail autonome, est divisée en huit sections. La première, *Premiers repères*, replace les questions traitées par les livres 14, 15 et 16 dans la tradition linguistique gréco-latine et les situe par rapport à la tradition relative à l’organisation des parties du discours, principalement le traité d’Apollonios Dyscole, *Sur la répartition des parties du discours*. Ce grammairien est au cœur de la deuxième partie, *Le détail des sources*, puisqu’il est bien connu que Priscien puise à pleines mains chez Apollonios. L’ouvrage de Priscien, qui avait bien conscience de l’importance de la grammaire grecque, est en effet un travail hybride, à la fois traduction et adaptation au latin de la théorie grecque. Parmi les sources, on trouve aussi les noms de Flavius Caper et de Nonius Marcellus, dont le *De compendiosa doctrina* a beaucoup servi à Priscien, tout au moins les livres à contenu linguistique. La troisième partie, *Les critères de définition et de différenciation*, étudie les définitions qui sont données de la préposition, de l’adverbe et de la conjonction. La quatrième section, *Place et rôle de la langue grecque*, tente de déterminer le rapport que Priscien entretient avec la langue